Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Catequesis

Audiencia General

La oración de Jesús (1)

30 de noviembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

En las últimas catequesis hemos reflexionado sobre algunos ejemplos de oración en el Antiguo Testamento. Hoy quiero comenzar a mirar a Jesús, a su oración, que atraviesa toda su vida, como un canal invisible que riega su existencia, sus relaciones, sus gestos, y que lo guía, con progresiva firmeza, a la entrega total de sí, según el proyecto de amor de Dios Padre. Jesús es el maestro también de nuestra oración; más aún, Él es nuestro apoyo activo y fraterno al dirigirnos al Padre. Verdaderamente, como sintetiza un título del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, «*la oración es plenamente revelada y realizada en Jesús*» (nn. 541-547). A Él queremos dirigir nuestra mirada en las próximas catequesis.

Un momento especialmente significativo de su camino es la oración que sigue al bautismo que recibe en el río Jordán. El evangelista Lucas señala que Jesús, después de haber recibido, junto a todo el pueblo, el bautismo de manos de Juan el Bautista, entra en una oración muy personal y prolongada: «*Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él*» (Lc 3,21-22). Precisamente este "estar en oración", en diálogo con el Padre, ilumina la acción que realizó junto a muchos de su pueblo, que acudieron a la orilla del Jordán. Orando, Él da a su gesto del bautismo un rasgo exclusivo y personal.

amado», refiriéndose a Isaac, el hijo amado que el padre Abraham estaba dispuesto a sacrificar, según el mandato de Dios (cf. Gn 22,1-14). Jesús no es solo el *Hijo de David*, descendiente mesiánico regio, o el *Siervo* en quien Dios se complace, sino también el *Hijo unigénito, el amado*, semejante a Isaac, que Dios Padre entrega para la salvación del mundo. En el momento en que, a través de la oración, Jesús vive en profundidad su filiación y la experiencia de la paternidad de Dios (cf. Lc 3,22b), desciende el Espíritu Santo (cf. Lc 3,22a), que lo guía en su misión y que Él derramará después de ser elevado en la cruz (cf. Jn 1,32-34; 7,37-39) para que ilumine la obra de la Iglesia. En la oración, Jesús vive un contacto ininterrumpido con el Padre para realizar hasta las últimas consecuencias el proyecto de amor por los hombres.

En el trasfondo de esta extraordinaria oración está toda la existencia de Jesús, vivida en una familia profundamente vinculada a la tradición religiosa del pueblo de Israel. Lo muestran las referencias que encontramos en los Evangelios: su circuncisión (cf. Lc 2,21) y su presentación en el templo (cf. Lc 2,22-24), como también la educación y la formación en Nazaret, en la santa casa (cf. Lc 2,39-40; Lc 2,51-52). Se trata de «*unos treinta años*» (Lc 3,23), un largo tiempo de vida oculta y ordinaria, aunque también con experiencias de participación en momentos de expresión religiosa comunitaria, como las peregrinaciones a Jerusalén (cf. Lc 2,41). Narrándonos el episodio de Jesús a los doce años en el templo, sentado entre los doctores (cf. Lc 2,42-52), el evangelista san Lucas deja entrever que Jesús, que ora después del bautismo en el Jordán, tiene un profundo hábito de oración íntima con Dios Padre, arraigada en las tradiciones, en el estilo de su familia, en las experiencias decisivas vividas en ella. La respuesta del muchacho de doce años a María y a José ya indica aquella filiación divina que la voz celestial manifiesta después del bautismo: «*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?*» (Lc 2,49). Al salir de las aguas del Jordán, Jesús no inaugura su oración, sino que continúa su relación constante, habitual, con el Padre; y en esta unión íntima con Él, realiza el paso de la vida oculta de Nazaret a su ministerio público.

La enseñanza de Jesús sobre la oración viene ciertamente de su modo de orar aprendido en la familia, pero tiene su origen profundo y esencial en su ser el Hijo de Dios, en su relación única con Dios Padre. El *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* responde así a la pregunta: "¿De quién aprendió Jesús

Contemplando la oración de Jesús, debe brotar en nosotros una pregunta: ¿Cómo oro yo? ¿Cómo oramos nosotros? ¿Cuánto tiempo dedico a la relación con Dios? ¿Se dan hoy una educación y formación suficientes sobre la oración? Y, ¿quién puede ser maestro en ello? En la Exhortación Apostólica *Verbum Domini* hablé de la importancia de la lectura orante de la Sagrada Escritura. Recogiendo lo que surgió de la Asamblea del Sínodo de los Obispos, puse también un acento especial sobre la forma específica de la *lectio divina*. Escuchar, meditar, callar ante el Señor que habla es un arte que se aprende practicándolo con constancia. Ciertamente, la oración es un don, que pide, sin embargo, ser acogido; es obra de Dios, pero exige compromiso y continuidad de nuestra parte; sobre todo son importantes la continuidad y la constancia. Precisamente la experiencia ejemplar de Jesús muestra que su oración, animada por la paternidad de Dios y por la comunión del Espíritu, fue profundizando en un ejercicio prolongado y fiel, hasta el Huerto de los Olivos y la cruz. Los cristianos están llamados hoy a ser testigos de oración, precisamente porque nuestro mundo está a menudo cerrado al horizonte divino y a la esperanza que lleva al encuentro con Dios. En la amistad profunda con Jesús y viviendo en Él y con Él la relación filial con el Padre, a través de nuestra oración fiel y constante, podemos abrir ventanas hacia el cielo de Dios. Es más, al recorrer el camino de la oración, sin tener en cuenta lo mundano, podemos ayudar a otros a recorrer ese camino: también para la oración cristiana es verdad que, caminando, se abren caminos.

Queridos hermanos y hermanas, vivamos una relación intensa con Dios, en una oración que no sea esporádica, sino constante, llena de confianza, capaz de iluminar nuestra vida, como nos enseña Jesús. Y pidámosle a Él poder comunicar a las personas que nos rodean, a quienes encontramos en nuestro camino, la alegría del encuentro con el Señor, luz para nuestra vida. Gracias.

*(***Saludo** *a los peregrinos de lengua española)*